

— Dádmela — dijo Juana adelantándose dos pasos para recibirlo.

La jóven esperó á que el criado se hubiera retirado, y sin abrir el telégrama, dirigió una mirada á su madre.

— ¡Déjame abrirlo! — dijo la marquesa tratando de quitarla el despacho.

— No — dijo la jóven sonriendo — yo tendré valor.

Rompió el sobre azul. Mas apénas hubo dirigido sus miradas al telégrama, cuando éste se le cayó de las manos; sus ojos tomaron una extraña fijeza, sus labios se agitaron convulsivamente, extendió los brazos en cruz, lanzó un grito prolongado que llenó todo el hotel, y cayó inerte sobre la arena á los piés de su madre.

Miéntas acudian los criados á aquel grito terrible, la Marquesa de Latour-Mesnil, trastornada, se precipitaba sobre su hija, y al mismo tiempo que le prodigaba sus cuidados, cogia febrilmente el despacho. He aquí lo que leyó:

«*Soignies, á las tres y media.*»

»El señor Conde, herido mortalmente, acaba de morir.

LUIS.»

### XIII.

Seis meses despues, á mediados de Octubre de aquel mismo año 1877, volvemos á encontrar al Baron y á la Baronesa de Maurescamp viviendo juntos en la *Venerie*, magnífica propiedad situada entre Creil y Compiégne, que el Baron habia adquirido hacia algun tiempo. La *Venerie* era una gran posesion abundante en toda suerte de caza, y el Baron, muy aficionado á ese ejercicio, la habia comprado para no tener que andar por uno y otro lado arrendando sotos diferentes todos los años.

Monsieur Maurescamp habia invitado para la apertura de la caza á muchos ami-



gos, entre los cuales estaban Monthelin, d'Hermany, de la Jardye y Saville, á quienes la Baronesa hacía los honores de la casa con exquisito buen gusto, con mucha gracia y aún con alegría. Juzgábase generalmente que aquella alegría era excesiva, y que despues de haber sido, hacía tan poco tiempo, con razon ó sin ella, la causa de la muerte de un hombre, hubiera debido sentir, ó afectar al ménos, cierta melancolía. Pero el corazon de las mujeres tiene misterios impenetrables.

Despues del desafio, que habia terminado de una manera tan fatal para el Conde de Lerne, no hubo razonamientos ni hubo ruegos que persuadieran á Juana á permanecer bajo el techo conyugal y esperar allí la vuelta de su esposo. Refugióse desde aquella misma noche en casa de su madre, llevando intrépidamente á su hijo. La anciana Marquesa tuvo la delicada mision de negociar con el Baron de Maurescamp las cláusulas y condiciones de un arreglo aceptable en aquellas circunstan-

cias. Su yerno no se mostró tan recalcitrante como ella temia. Por de pronto, casi se alegraba de no tener que afrontar inmediatamente la presencia de su esposa, comprendiendo quizá que por simples sospechas habia llevado las cosas demasiado léjos.

Nadie está satisfecho de haber matado á un hombre, y por poco sentimental que fuera, Maurescamp no dejaba de experimentar cierto vago remordimiento que se revelaba en las disposiciones conciliadoras que mostraba á Mme. de Latour-Mesnil. Quedó, pues, convenido que Juana conservaria á su hijo, y en compañía de su madre iria primero á Vichy y despues á Suiza, á Vevey, donde pasarian juntas el resto del verano. Durante ese tiempo, de una y otra parte se calmarian y suavizarian los sentimientos, tanto más, cuanto que, en opinion de la Marquesa de Latour-Mesnil, en aquel desgraciado acontecimiento no habia habido más que una serie de sospechas y malas interpretaciones.



Aquel duelo habia ocupado mucho la atencion de París durante ocho dias, y la catástrofe final produjo cierto movimiento en la opinion, favorable á la reputacion de la Baronesa de Maurescamp. Entre la crueldad del desenlace y las ligeras imprudencias que podian censurarse en la conducta de Juana y de Santiago, habia una gran desproporcion que sorprendió á todo el mundo y desarmó la calumnia. Juzgábase en general que el Baron se habia mostrado demasiado feroz y demasiado implacable con un hombre cuyo único crimen parecia haber sido en realidad acompañar en sus lecturas á su mujer. Estos propósitos y estos rumores que circulaban por el mundo, calmando la vanidad de Maurescamp y halagando su orgullo, contribuyeron tambien en parte á facilitar la union de los esposos.

La Baronesa se mostró al principio completamente rebelde á la idea de esa union. Pero despues que pasaron dos ó tres meses en una especie de estupor lleno de des-

esperacion, pareció despertar un dia, no se sabe en virtud de qué reflexiones, y declaró á su madre que seguiria sus consejos y volveria á la casa de su marido; sólo pedia que le concedieran aún algunos meses.

—Es necesario—dijo no sin un resto de amargura—dejarle tiempo suficiente para que se sequen sus manos.

Desde que tomó aquella resolucion, su carácter pareció modificarse profundamente; pareció recuperar el gusto por la vida, y el porvenir le presentaba sin duda algun interes bastante vivo para hacerla recobrar una parte de su actividad y de su animacion.

Á fines del mes de Setiembre, Juana llegó á París, y entró en la casa de su marido con la misma naturalidad con que lo hubiera podido hacer de vuelta de un viaje ordinario.

En verdad, M. de Maurescamp parecia ser el que estaba en situacion más embarazosa. Por otra parte, como nunca habian



tenido la costumbre de las grandes expansiones, nada parecia haber cambiado entre ellos. Con una ligera sonrisa, la jóven tocó la mano que él le tendió á su llegada; y la salud de su hijo Roberto, su robustez, su rápido desarrollo, les dieron un objeto de fácil conversacion que salvó la dificultad del primer momento.

Algunos dias despues fueron á instalarse en el castillo de la *Venerie*, donde la presencia de los invitados debia evitarles la violencia que les hubiera producido estar mucho tiempo solos.

Como era natural, Juana fué desde el principio, para los moradores del castillo y para los habitantes de las cercanías, objeto de una extremada curiosidad; era imposible no dedicar una atencion particular á observar la fisonomía y la conducta de una jóven cuyo nombre se habia mezclado en una aventura trágica que encerraba tanto misterio y que tan ruidosa habia sido.

Los curiosos quedaron burlados en sus

esperanzas; la actitud de Juana no podia ser más tranquila y más natural, y á ménos de suponerle una admirable fuerza de disimulacion, cosa á la verdad que no es muy temerario suponer en su sexo, todo hacía creer que ella habia vencido definitivamente los pesares y los disgustos personales que recientemente habia sufrido.

Pensábase aún, como hemos dicho ya, que ella habia olvidado demasiado pronto el dolor que debia haberle causado la muerte, por su causa, de un hombre que, por lo ménos, habia sido su amigo.

—¡Esto no es en verdad muy tranquilizador!—dijo un dia el bello Saville á madame d'Hermany. —Si el pobre Conde volviese al mundo por algunos minutos, seguramente no quedaria muy satisfecho.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque ¡á fe que es repugnante lo que sucede!—dijo el bello Saville, que no era un águila, pero que tenía buen corazon;—diríase que la suerte de ese pobre jóven ha sido un desembarazo para ella. ¡Nunca la



habia visto tan alegre, tan dispuesta á divertirse como ahora! ; Y hágase uno matar por estas damas!

— Pero me parece que nadie piensa, amigo mio, en haceros matar..... Tranquilizaos..... Y en cuanto á mi amiga Juana, yo os aseguro que no se la debe juzgar así, tan de ligero..... Yo no sé lo que pasa en su linda cabeza..... pero hay en su pupila algo que no sería muy de mi agrado, si yo fuese su marido.

— Pues yo no descubro nada en sus pupilas—dijo Saville.

— Es muy natural —dijo Mme. d'Hermany.

Aquel buen humor de su mujer, que chocaba á todo el mundo, á su alrededor, estaba muy léjos de disgustar al Baron, ántes al contrario, felicitábase grandemente del cambio.

— Es una mujer vencida—se decia.— Ahí está mi sistema..... vencer á las mujeres!..... Desde que la mia recibió una leccion, á la verdad, un poco dura, ha vuelto

al buen sentido práctico..... y ahora es cien veces más feliz y más amable..... ¡El resultado ha sido magnífico, magnífico!

Habíase operado efectivamente en los gustos y en las costumbres de Juana un cambio radical muy digno de interes; en lugar de complacerse casi únicamente como ántes, en los goces que tienen su origen en la inteligencia y en el alma, habia tomado de pronto un gusto casi exclusivo por los placeres materiales. Ella no abria ya un libro, su piano estaba casi siempre cerrado, y su querido libro de memorias no recibia ya sus confidencias ni los extractos de sus poetas predilectos; habia perdido aquella inclinacion natural á la ternura y al entusiasmo que siempre la habia distinguido, y habia contraido, en cambio, esa vulgar y detestable costumbre parisiense de la murmuracion perpétua. La equitacion, la caza, el billar, el baile, eran ya sus distracciones favoritas. Gustábale seguir á caballo las cacerías de carrera en la selva de Compiègne, á pié las cacerías



de tiro en los bosques de la *Venerie*, y por las noches mostrábase bailadora infatigable.

Los hombres no la habían encontrado nunca tan encantadora, y debemos añadir también que no la habían creído nunca tan coqueta; porque había llegado á serlo, y mucho, sin duda á causa de que empezaba en aquel arte de la amabilidad, tan nuevo para ella, con la exageración de una principiante que no tiene aún el justo sentimiento de la medida. Su viveza de maneras y de lenguaje pasaban alguna vez del límite que separa la buena sociedad de la sociedad poco escogida. Pero aquello no disgustaba al Barón que, lejos de censurarlo, lo celebraba con sus amigos.

— ¡Está desasnada! — decía. — Ahora empieza para ella una existencia nueva..... Quizá está un poco recargado el tono..... Le pasa lo que á las recién casadas que dicen tonterías al día siguiente de la boda.... ¡pero eso pasará!

Después de algun tiempo, sin embargo,

parecióle que su mujer buscaba con demasiada predilección la sociedad de los hombres. Que ella prefiriese su compañía en los paseos, en la caza, en la sala de billar, enhorabuena; pero lo que no era muy de su agrado era que los buscase hasta en la sala de armas, donde se reunían por las mañanas para los asaltos. La sala de armas era una vasta pieza de aspecto monumental, abrigada, con mucha luz, y cuyo piso era de mosaico; muy apropiada para aquel ejercicio. Al rededor de las paredes, altas banquetas servían de asiento á los espectadores.

La primera vez que Maurescamp y sus amigos vieron de repente, á través del humo de sus cigarros, á Juana sentada en una de las banquetas, experimentaron, no sólo una impresión de sorpresa, sino de malestar. La joven había entrado sin hacer ruido y nadie había notado su presencia; tomó asiento y miraba silenciosamente á los tiradores. Á todos los presentes les pareció muy extraño que una mujer



que creían muy delicada y sensible viniese á complacerse en el espectáculo de los ejercicios de esgrima, que no podían dejar de despertar en ella un recuerdo siniestro. Sin embargo, fué necesario acostumbrarse á su presencia, porque desde aquel día no dejó de asistir á la sala de armas una sola mañana, á la hora en que el Baron y sus amigos se reunían en ella. La extraña jóven parecía seguir con apasionado interés todos los movimientos; inclinábase ligeramente hácia adelante, y con la frente sombría y la mirada fija, quedaba como absorta en la contemplación de las estocadas y de los quites que se cruzaban entre los adversarios. Cuando su marido entraba personalmente en escena, era, sobre todo, cuando su curiosidad y su entusiasmo parecían llegar al más alto grado de intensidad; y entónces estaba tan atenta que ni respiraba siquiera. Aquella atención extremada llegaba á ser molesta para el Baron.

Á fuerza de aplicación, Juana llegó á ser bastante inteligente en aquellos ejerci-

cios de esgrima; juzgaba las estocadas y sabía estimar bastante bien la habilidad relativa de los tiradores. Así pudo llegar á conocer por sí misma que su marido era efectivamente, como lo había oído asegurar, un tirador cuya destreza, cuyo vigor y cuya fuerza eran poco comunes, y que, entre los huéspedes del momento, no había más que uno solo que pudiera medirse con él sin gran desventaja. Era M. de Monthelin, el cual en algunos asaltos llegó aún á conseguir una ventaja marcada sobre el Baron, lo que le valió algunas palabras halagüeñas de parte de Juana.

#### XIV.

No creemos que sea necesario decir que monsieur de Monthelin, viéndose libre de la rivalidad del Conde de Lerne, había vuelto á tomar al lado de Juana su antiguo papel de enamorado. Por aquel